

EL EXTRANJERO  
ANTONIO SOLER

## Vacuna republicana

¿La república de Azaña, Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos, o la que soñaban los comunistas?



Nuestro vicepresidente segundo va por ahí con el ejemplar reducido de la Constitución como si fuese el misalito de la primera comunión. A cada sobresalto o duda, el vicepresidente segundo consulta el libro sagrado, reflexiona y encuentra el camino de la salvación. Salvo cuando lo visita el demonio y, olvidándose del manual, se deja llevar por la tentación. Entonces cae al suelo la capa de la humildad y aparece el Pablo Iglesias en estado puro, sin la doma del Gobierno ni el silicio de la Constitución.

Y así, para mantener ese rol ambidestro, el del párroco de la carta magna y el del muchacho rebelde que debe mantener altas las ansias de su clientela más levantisca, lanza mensajes por el 14 de abril reivindicando la república y añorando un país en el que el poder militar esté subordinado al civil. Se salta, pecadillo venial, la parte del misalito en la que se dice que España es una monarquía e ignora, ojos que no ven, que en este país el poder militar depende del civil. Todo sea por la república, sí. Ya se sabe, Maquiavelo, el fin, los medios y todo eso.

La república. Pero qué república. Porque aquí hay otra contradicción entre quienes pasean la bandera tricolor como símbolo de una izquierda más bien radical. ¿La república de Azaña, Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos, o la que los comunistas soñaban con imponer una vez liquidada la de los anteriores? La república por la que estos pelearon y sufrieron exilio hasta la muerte quería ser una democracia comparable a la francesa o a la británica y es de fiar que no estarían del todo incómodos dentro del actual régimen español. La otra república, la que ambicionaban los probables antepasados de nuestro vicepresidente, tenía su espejo en la Unión Soviética. Claro que el árbol genealógico, políticamente hablando, de nuestro vicepresidente segundo es dudoso. Unas veces dice haber tenido veleidades socialdemócratas y otras ha dado pistas de ser heredero de los comunistas. Una mudanza que siempre ha sonado más a interés electoral que a verdadero registro político.

En cualquier caso, piensa uno que Iglesias queda definido con sus actos al poner el foco de atención en la cuestión republicana cuando el país que gobierna o cogobierna va camino de los veinte mil muertos, suma un millón súbito de desempleados y afronta unos pronósticos económicos que rozan el naufragio y hundien en la incertidumbre a una ciudadana confinada. No, la república, por desgracia, no es la vacuna sino un subterfugio más por parte de quien durante el día hace de monaguillo constitucional y por las noches le enciende una vela al diablo y otra a sí mismo.



LA TRIBUNA

## ¿Saldremos adelante?

EUGENIO LUQUE

Decano de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Málaga

Sí. Saldremos adelante. No es un deseo. O, mejor dicho, no sólo es un deseo, sino una afirmación basada en la experiencia y en razones objetivas

Sí. Saldremos adelante. Sin embargo, desgraciadamente, no todo va a salir bien. En el momento de redactar estas líneas, ya han muerto más de 136.000 personas en el mundo, más de 18.500 en España y más de 200 en Málaga. Además, y aunque frente a esta tragedia pierde importancia, ya estamos inmersos en una crisis económica descomunal. Es ahí donde, dentro de la gravedad, existen razones objetivas para el optimismo.

Hace algunas décadas, Luis Ángel Rojo, uno de los grandes economistas españoles del siglo XX, nos dijo: «El economista se ve continuamente obligado a recordar a la sociedad que los Reyes Magos no existen; y ésta es una verdad lamentable que a nadie gusta oír». En efecto, una de las primeras cosas que aprenden nuestros alumnos en la facultad es que nada es gratis. Todo tiene un coste. Hay que pagar, no sólo la factura del nuevo material sanitario que se está adquiriendo, sino también los subsidios a las personas que han perdido su empleo, las ayudas a empresas y autónomos y las rentas que necesitan los más vulnerables, sin desatender otros gastos como las pensiones o los relacionados con la prestación de servicios públicos. Y lo tenemos que hacer, precisamente, cuando los ingresos públicos disminuyen por la caída de la actividad económica. La buena noticia es que podemos hacerlo. Entre las distintas opciones que se nos presentan seguimos teniendo margen para pedir prestado y, gracias a la política monetaria del BCE, a tipos de interés extraordinariamente reducidos. Como nos recordaba recientemente Gumersindo Ruiz, catedrático de nuestra facultad y con muchos años de experiencia en el sector financiero: «España es un país solvente, sin problemas para financiar los costes de esta crisis». Otro tema es

si el volumen que alcanzará la deuda pública sobre el PIB en España, que ya ronda el 100%, es sostenible. Sin entrar en este debate, podemos recordar un dato: ese porcentaje es muy superior al 200% en Japón.

Otro tema es el de la recuperación de la producción y el empleo. A estas alturas tenemos dos certezas: una, la crisis económica será muy profunda; dos, no sabemos cuándo saldremos de ella. Centrémonos en el sector turístico, cuya importancia para Málaga resulta difícil de exagerar. La última crisis sanitaria, provocada por el coronavirus SARS-CoV, supuso una caída de los ingresos mundiales de turismo del 1,4% en 2003. La última crisis económica y financiera hizo que la caída en 2009 fuera del 5,4%. Pues bien, según las estimaciones de la Organización Mundial de Turismo el descenso en este año puede llegar hasta el 30%. El shock que está suponiendo el COVID-19 es espantoso y su enorme dimensión se explica por su carácter glo-

bal y porque, a diferencia de una simple recesión económica, por profunda que sea, el riesgo no es perder renta, sino perder la vida. Existe miedo a viajar y a recibir viajeros. Entonces, ¿volverán los turistas?, por supuesto. La vacuna llegará. La inmunidad de grupo será un hecho. Y, aunque en el peor de los escenarios perdamos este año, empezaremos a remontar en 2021. De hecho, el turismo ha demostrado en el pasado una impresionante capacidad de recuperación. Las mencionadas caídas de ingresos por turismo en 2003 y 2009 se convirtieron en subidas justo al año siguiente. Es posible que también ocurra ahora.

En 1848 J. S. Mill escribió: «... [existe] una cosa que siempre ha causado asombro: la gran rapidez con que los países se recuperan después de haber sido devastados; la rapidez con que desaparece toda huella de los daños producidos por terremotos, inundaciones, huracanes y los destrozos de la guerra». Desde entonces hemos constatado, en muchas ocasiones, la veracidad de esa afirmación. Lo que estamos viviendo ahora tiene muchas semejanzas con un desastre natural o una guerra a nivel mundial. Hay muertos y damnificados y pérdida generalizada de bienestar, pero con una importante diferencia: no hemos sufrido un desastre natural o un bombardeo que haya destrozado las infraestructuras o mermado la capacidad de producción. Las carreteras siguen aquí, las redes de comunicación están funcionando, las máquinas no se han destruido y la mano de obra está disponible para trabajar. Todo está preparado para que pueda volver a funcionar.

Saldremos adelante. No es un deseo. O, mejor dicho, no sólo es un deseo, sino una afirmación basada en la experiencia y en razones objetivas. En este caso, los optimistas somos pesimistas bien informados.



GASPAR MEANA

ALBERTO GÓMEZ

En twitter: @agalmendres

## Culpable declarado



Confieso que me he saltado todas las recomendaciones sanitarias. Me encontré, durante una salida por necesidad, con una conocida a la que hacía meses que no veía. Nos tenemos cariño y nos dimos un breve abrazo y dos besos, uno por mejilla como cantaría Sabina, un gesto ahora cargado de culpa. No sé cuánto hubo de instinto y cuánto de nostalgia. O tal vez fue necesidad, una forma de autosugestión: las cosas no han podido cambiar tanto en tan poco tiempo. Quiero creer que también tuvo algo de leal-

tad a las viejas costumbres, a los ritos que espero que recuperemos por mucho que la cultura latina, tan táctil, moleste a quienes les produce alergia el resto del mundo. Nunca, aunque resulte paradójico en pleno confinamiento, cuando nos separan muros de mascarillas, distancias de dos metros que parecen insalvables, los adscritos al onanismo emocional han tenido tan perdido el pulso: el mundo, ahora lo sabemos, es de quienes están dispuestos a tenderse la mano, aunque tenga que ser enfundada en un guante.

Hoy hace un año que murió Manolo Alcántara. En la Redacción de este periódico, donde el fax sólo sonaba cuando él lo usaba cada tarde, hay enmarcado un poema que salió de la mítica imprenta Sur. Me pregunto qué hubiera escrito sobre esta pandemia que nos mantiene encerrados, sobre la solidaridad sin límites, sobre los pequeños dictadores de los balcones, sobre los violinistas que tocan el cumpleaños feliz a los niños, sobre las abuelas centenarias que envían mensajes de audio a sus familias, sobre estos políticos incapaces de sentarse en la misma mesa. Algunas respuestas están en sus poemas, como en aquel que le dedicó a su hija Lola, un antídoto contra la arrogancia: «Más vale que lo sepas por mí. Era / bueno y malo lo mismo que cualquiera». Cuando salgamos de ésta, pienso, deberíamos reservar «un pequeño presupuesto / para el amor». Y echar el resto en vivir.